

Capítulo 7

“El médico presidencial”

La figura del médico presidencial era algo no muy descifrable en el ámbito político.

Los funcionarios tomaban distintas conductas en el trato para conmigo.

Por un lado, estaban los obsecuentes, que falsamente se mostraban simpáticos y serviciales.

Me trataban muy cordialmente y la frase “cualquier cosa que necesite me avisa”, era común que me la dijeran. Estos seguramente pensaban que yo, al tener llegada con el presidente, me podrían llegar a pedir algún favor con respecto al mismo.

De hecho, sucedió en distintas oportunidades, por ejemplo, pedirme que le dijera a Caporola que necesitaban hablar con él, o que le pidiera que por favor los recibiera, debido a que los secretarios los bloqueaban frecuentemente. El presidente era de no hablar con algunos de los ministros por meses si alguna acción de estos no le había gustado.

Literalmente, los “freezaba”.

Dentro de este grupo de “amables”, también estaban los que por desconocer cuál era mi poder real, por las dudas trataban de empatizar conmigo.

Además, estaban dentro de este grupo los que pensarían que podrían llegar a necesitar algún favor mío para ellos o para sus familiares dentro del sistema de salud, (por ejemplo, conseguir una cama para una internación especializada, un turno preferencial para la realización de un estudio complejo, etc.), debido a mis contactos y a mi jerarquía social como médico presidencial.

En muchas ocasiones me consultaban.

Dos ministros me pidieron si podía ser el médico de cabecera de ellos y de sus familiares, a lo que les respondí afirmativamente, pero advirtiéndoles que “yo era caro”. De inmediato, tal cual me lo esperaba, sus caras se transformaron y me dijeron algo así como “*ehhh, ahhh, bueno, nos comunicamos, lo llamo...*”. Por supuesto nunca más me consultaron nada. Obviamente esperaban que los asistiera en forma gratuita.

Yo siempre tengo presente la frase que me había dicho mi padre, que había sido médico, cuando yo era joven: “la gente considera que sólo al médico y al sastre no hay que pagarles; a los demás, sí. ¿Pero cómo doctor, le tengo que pagar?, ¿no me vas a cobrar por hacerme unas botamangas?”. En el caso

de los políticos, sin duda esta regla no tenía excepciones.

Con el correr del tiempo lo de los sastres dejó de ser cómo había sido, en el caso de los médicos, creo que se intensificó. Cientos de veces me pasó y me siguen pasando situaciones en las que me consultan, pero nunca me preguntan ¿qué le debo doctor?

Por ejemplo, es habitual que el mozo del restaurante donde voy una vez por semana me hable de sus enfermedades y me consulte por los resultados de análisis tanto de él como de su esposa, pero jamás ni un café gratis me trae; el vecino me trae estudios de sus familiares (tomografías, resonancias, etc.) para que los vea y dé mi opinión; el del servicio de mantenimiento del automóvil me consulta sobre una posible enfermedad laboral; el de enfrente me toca el timbre cada vez que le duele la columna, y así puedo relatar infinitas situaciones de caradurez y abuso.

La única vez que me pude dar un gusto con respecto a este tema, fue con el portero de un edificio donde yo vivía con mi madre, llamado Eduardo, me volvía loco con consultas para él y para su esposa, pero por si ello fuera poco, me pedía muestras médicas gratis de remedios para un sobrino, las cuales que yo tenía que andar pidiéndoselas a los visitantes médicos.

Un día, se cortó la soga de una de las persianas del departamento, y entonces mi madre lo llamó al portero para que la cambiara. Ella ya había comprado el repuesto. Le llevó quince minutos cambiarla, y entonces mi madre le preguntó ¿cuánto le debo Eduardo? El portero no sólo le cobró a pesar de todos los favores que yo le hacía, sino que encima la cifra fue altísima.

Ese día regresé a las veintitrés horas y mi madre me contó lo sucedido. Indignado me dirigí a lo del portero y le toqué el timbre intensamente. Eduardo me abrió la puerta con cara de dormido, y entonces le entregué un papel con una cifra que representaba dos o tres meses lo que él cobraba en su sueldo. Le dije: “esto es lo que me debe por todas las consultas que me hizo todo este tiempo, todos tenemos que cobrar por nuestro trabajo, la diferencia que yo tengo con usted es que lo yo le voy a cobrar es lo justo, no le robo cómo usted lo hizo con mi madre hoy”. El hombre se puso pálido y no sabía que decir. Me retiré.

Al otro día Eduardo, temblando, me dijo que lo perdonara y que no iba a poder pagarme; lo cual era obvio. Le dije que yo ya sabía eso, y le recomendé que se esforzara para no ser una mala persona, como

lo era. Nunca más me consultó nada, se ocultaba cuando yo salía o llegaba, y cada vez que veía a mi madre se esmeraba para ser servicial con ella, que apenas lo saludaba.

A nivel político, recuerdo una vez en que el presidente me pidió si podía mandar a un médico a Cerdella, con el fin de evaluar al padre de una política muy cercana a él que estaba muy grave.

Al profesional, un amigo mío, le pagaron el pasaje y rápidamente partió hacia el norte, como haciendo un favor a mi persona.

El paciente estaba gravísimo y requería la derivación a la capital, Santa Argenta, para la realización de un estudio de altísima complejidad. Mi amigo trajo al paciente en un vuelo sanitario, y por suerte llegó a tiempo y se logró salvarle la vida.

La amiga del presidente, llamada Amelia, que ocupaba la presidencia de la Dirección Nacional Fiscal, quedó muy agradecida, a tal punto que nos solicitó en forma muy insistente al médico y a mí que le pidamos el favor que fuera, que ella lo iba a cumplir.

Yo le respondí que lo único que quería era que le pagasen los honorarios al médico que había viajado,

ya que, para poder hacerlo, él le había tenido que pagar a un colega para que lo cubriese en su guardia. Mi amigo le pasó los honorarios correspondientes y ella quedó en pagárselos y nuevamente insistió en que él le pidiera un favor.

Entonces, mi colega le pidió un puesto para su esposa en la Dirección Nacional Fiscal, ya que ella había sido despedida de su empleo un mes antes. Los días pasaron y no tuvo más noticias de Amelia. ¿Cómo terminó la historia? La funcionaria desapareció y no me atendió más el teléfono. Los honorarios a mi amigo se los terminé pagando yo, diciéndole que el dinero me lo había dado la funcionaria. Si se enteraba que la plata era mía, no la iba a aceptar. Por supuesto por lo de la esposa nunca tuvo noticias.

Típico accionar de esa nefasta casta. No tienen ningún pudor en usar a la gente, y después desecharla.

Volviendo a mi clasificación “según el tipo de grupo” de los políticos que conocí, en otra agrupación, estaban los “neutros”, que mantenían un trato correcto, y que impresionaba que, ante el

desconocimiento de las funciones de mi cargo, eran básicamente prudentes.

Con otra postura, “los desagradables”, mantenían un trato seco y todo lo distante posible conmigo, eran funcionarios que sin duda conocían de que se trataba mi trabajo y la cercanía que el mismo me obligaba a tener con el presidente, quien me confiaba nada menos que su salud, léase, su vida.

En estos funcionarios, se notaba que si podían ni me saludaban, y en caso de tener que hacerlo, lo hacían secamente, casi con desprecio. Su odio era lógico, yo hablaba con el presidente todas las mañanas cuando le realizaba los controles, y en cualquier situación que yo necesitaba decirle algo, lo hacía sin obstáculo alguno.

Ellos, para comunicarse o ser recibidos por Caporola, debían pasar por los filtros de los secretarios, la agenda y sobre todo el humor del presidente.

Para los funcionarios, todo aquel que no sea político dentro del Gobierno, es un despreciable e inferior técnico al cual no le deben prestar atención, pero sí exigirle asistencia, léase servirlos.

Entre la gran mayoría de los funcionarios políticos, me impresionaba que todo giraba en torno a una utilización del uno con el otro para satisfacer intereses propios, y así poder escalar en sus carreras y cargos oficiales.

Me tocó sufrir algunas situaciones desagradables por no ser político.

Como ejemplo de lo anterior podría describir muchas, pero me voy a limitar solo a dos.

La cabina del avión presidencial constaba de tres compartimientos. El delantero, que tenía dieciséis asientos y dos baños, y era en donde se situaban los funcionarios de alto rango y algún invitado especial. El del medio estaba destinado al primer mandatario y constaba de una salita de reuniones, a continuación, cuatro asientos, luego un dormitorio con una cama matrimonial, dos mesas de luz, una mesa ratona y un vestidor, y a continuación estaba el baño presidencial que era completo y constaba con una ducha escocesa y un asiento de peluquería. La parte trasera tenía veinte asientos destinados al personal técnico y a la tripulación, dos baños y una cocina.

Las butacas de los funcionarios y del sector medio eran de primerísima categoría, mientras que los del sector trasero correspondían a una clase turista algo mejorada.

A mí, a pesar de que tenía rango y jerarquía de secretario de estado, el director de Ceremonial siempre me mandaba al “fondo”, priorizando para el sector de primera a los contactos políticos, tanto suyos como de los secretarios, aunque su rango fuera muy inferior al mío.

La situación era irregular, y se repetía, aunque hubiesen quedado asientos libres en el sector delantero, pero a mí no me importó demasiado. Esto fue así hasta que, en un vuelo de regreso de Europa, los del sector técnico pasamos mucho frío, ya que la regulación climática del aire se había averiado. Por supuesto que presentamos la queja correspondiente. Al otro día le comenté el hecho al presidente, a lo cual me contestó que en el sector de él no había habido problema, y que había dormido “calentito”. Obviamente no le importó en lo más mínimo nuestro sufrimiento.

En el siguiente viaje ocurrió lo mismo, entonces nos explicaron que el sistema estaba roto y que si nos calefaccionaban a los del sector trasero la

temperatura iba a descender en el compartimiento del dormitorio presidencial y en el sector VIP, y que iban a ver si le autorizaban el arreglo solicitado porque era costoso. La realidad era que como los políticos viajaban bien, a nadie le importaba si los técnicos la pasaban mal.

Esperé al siguiente viaje, que era a India, y un día antes llamé al piloto presidencial para preguntarle si habían arreglado el sistema de la calefacción, y me informó que no habían autorizado la reparación.

Al día siguiente, luego de realizarle el control a Caporola, lo saludé a Andrés y le deseé suerte para el viaje. Obviamente dedujo que yo no iba a viajar, y me preguntó sorprendido quien iba a India en mi lugar. Le informé que no iba a mandar a nadie de la UMP a viajar en condiciones infra humanas, y me fui. Se quedó boquiabierta, seguramente no entendía como alguien se animaba a enfrentarlos. Desde pequeño me habían enseñado que siempre primero la dignidad, a cualquier costo.

A las dos horas me llamó el secretario general diciéndome que habían arreglado el problema, agregando que él no sabía que no me sentaban en el sector delantero, donde me correspondía, y que por favor viajara. Le expliqué que el tema era que las

personas que viajaban en el sector técnico no tenían que sufrir frío. Cuando subí al avión me ubicaron en el sector delantero, pero fui al fondo y pude observar que habían colocado allí unos extraños caloventores, seguramente no habilitados por la autoridad aeronáutica.

Al director de Ceremonial y a quienes le daban las órdenes les había salido el tiro por la culata por el maltrato que me habían dispensado, ya que después me enteré de que se había armado un lío bárbaro por el tema del mantenimiento del avión.

Otra de las situaciones del destrato al médico presidencial era que, en los actos y cenas, siempre priorizaban las ubicaciones más próximas al primer mandatario para los políticos que les interesaba a los de Ceremonial y sobre todo a los secretarios.

Este hecho podía complicar y demorar mi la llegada al sitio donde se encontraba el presidente para poder asistirlo en caso de que se presentara una emergencia. Se los tenía que explicar en forma repetida y cansadora, pero finalmente me imponía.

En una cena por el día de la industria, con muchísimos asistentes, me ubicaron en una mesa en el fondo del gigantesco salón del evento, que estaba

muy distante de la que estaba sentado Caporola. Me negué y me dirigí a la mesa contigua a la del presidente. Habitualmente en los sitios más próximos al primer mandatario deben ubicarse los secretarios privados del presidente, el médico, el jefe de la Custodia y el asistente de Ceremonial. En la mesa de al lado de la principal se encontraban sentados el secretario del ministro del interior y el del ministro de obras públicas, que eran muy amigos de Federico, uno de los secretarios privados de Caporola. Ambos no tenían que estar ocupando sillas en esa mesa. Me dirigí hacia ellos y les solicité muy amablemente que alguno de los dos me cambiara la mesa, explicándoles la razón. Se negaron rotundamente hablándome en forma muy soberbia. De inmediato, Federico me gritó que los lugares los había dispuesto de esa manera él mismo y que nadie me iba a cambiar el lugar. El jefe de la Custodia Presidencial, el comisario Juan Trecharini, presente en ese sitio, y que conocía muy bien mi carácter, que es fuerte y reactivo, cuando vio que me iba a dirigir hacia Federico, se me cruzó y me dijo “espere doctor, yo arreglo esto”. Se dirigió hacia el secretario del ministro del interior y le solicitó que se levantara y me dejara el lugar. Federico insultó al jefe de la

Custodia. El comisario le respondió que no iba a permitir que el médico estuviese alejado al presidente.

Le dije a Federico que tuviera cuidado, que no se confundiera conmigo, que si me volvía a levantar la voz la iba a pasar muy mal. Bajó la cabeza y mantuvo silencio.

Era obvio que había entendido que su poder a mí me tenía sin cuidado, y que estaba enfrente de alguien que no era esclavo de ningún político.

Al otro día, Caporola, que obviamente había recibido la queja del oligofrénico de Federico sobre mi persona, me dijo que estaba al tanto de lo sucedido la noche anterior y que había ordenado que me dieran siempre una ubicación lo más próxima a él, por si le pasaba algo. Agregó que él sabía muy bien quien era yo, que no tenía ningún interés de figuración política, y que no me preocupara. Le agradecí y le dije que no había quedado preocupado, porque yo era un profesional y que solo había actuado de la manera en que lo había hecho con el fin de hacer lo mejor posible mi trabajo. El presidente miró a Andrés que estaba presente, y con muy mala cara le dijo “por fin alguien que hace bien su trabajo”. Federico me evitó por un largo tiempo.

Seguía ganando amiguitos. En el fondo me alegraba, porque si bien era desagradable, implicaba que estaba haciendo las cosas bien.

Capacidad de daño

Por su llegada obligada e íntima al primer mandatario, el médico presidencial posee una capacidad de producir daño que muchos ignoran.

La relación con el presidente se basa fundamentalmente en la confianza, la cual no debe estar contaminada por ninguna cuestión política. En mi caso, yo era un técnico puro, sin ninguna militancia y actividad política.

La relación de confianza con el presidente fue aumentando progresivamente debido a las situaciones ocurridas en su salud y al tiempo compartido que iba transcurriendo.

Dicha confianza fue tal, que llevó a Caporola en más de una ocasión a comentarme cuestiones personales delicadas, sobre todo familiares.

Nunca hablamos de política.

Varias veces, ante algún tema puntual que había tenido gran repercusión pública, me preguntaba mi opinión. Yo lo primero que le decía era que le iba a

responder como un simple ciudadano, ya que no entendía nada de política. Obviamente que esto no podría haber sido así, ya que, como cualquier ser humano con más de dos dedos de frente, informado y con capacidad de análisis político, mi respuesta no era impoluta.

Lo interesante era que Caporola quería saber la opinión de alguien del pueblo, sin interés político alguno como para usarlo.

El médico presidencial posee una capacidad de daño desconocida por muchos políticos, debido a que la primera frase que le dice el presidente al médico cada mañana es “buen día doctor, ¿cómo le va?”

Ante esta pregunta, el médico puede contestar con lo que le parezca, por ejemplo: “más o menos doctor, estoy preocupado por lo que dijo el ministro tal”, o “regular, como al resto de la gente, tal medida perjudica mucho, es muy injusto...”, y así puede contestar mil cosas distintas y nocivas para cualquier funcionario.

Yo, en algunas situaciones en las que estaba muy indignado por algo, lo expresé, y el presidente tomó nota. Lo hice por algunas medidas que se habían tomado y que eran muy perjudiciales para la gente, y no para dañar a algún funcionario puntual.

Me daba cuenta que Caporola se sorprendía por lo que le decía, impresionaba como que no sabía sobre el tema o que le habían dicho que la reacción de la gente ante la medida había sido buena.

Comencé a sospechar que al presidente le ocultaban información o que le mentían.

Además de conocer algunos de los secretos personales y familiares del presidente, en ocasiones, el médico presidencial puede tomar conocimiento de secretos de Estado, de los cuales puede depender el futuro del país. Por lo mencionado, la elección del médico personal de un primer mandatario debe ser muy cuidadosa.